

REMINISCENCIAS DE JUAN BAUTISTA AVALLE-ARCE (1927-2009)

La primera vez que visité la magnífica casa de Juan Bautista Avalle-Arce en el valle de Santa Ynez, California, hace exactamente veinte años, me llamaron la atención dos cosas: su nombre vasco, Etxeberría, especialmente llamativo en aquel paisaje de montes pelados bajo un sol deslumbrante; y una mesa en un distribuidor adyacente al espléndido salón, en la que estaban cuidadosamente dispuestas en montones las separatas de sus últimos artículos publicados, para que los invitados se sirvieran como quien se sirve una copa. En lo referente a lo primero, era un indicio, junto a otros muchos desperdigados en la decoración de la casa, de una vida interesante y hasta extraordinaria, de la que, en el curso de la velada, fue desgranando algunos jugosos detalles, sobre todo sus raíces carlistas al tiempo que cosmopolitas. De lo segundo, todavía conservo tres separatas que me *serví* aquel día y que curiosamente son un perfecto compendio de las preocupaciones o intereses que recorren toda su obra escrita: «La Insula Barataria. La forma de su relato» (1988), «La aventura caballeresca de Garci Rodríguez de Montalvo» (1989) y «Quijotes y quijotismos del inglés» (1989). Este último artículo estaba directamente relacionado con el tema por el que me encontraba en la Universidad de California. Al final de mi estancia allí, unos meses después, tras concluir mis estudios de máster con una tesina dirigida por él, y en el curso de un entrañable almuerzo con el Pacífico al fondo, tras el ventanal del club de profesores, me dedicaría una copia de sus *Nuevos deslindes cervantinos* que tengo ahora mismo delante, mientras me encuentro haciendo algo que ni se me habría ocurrido entonces que acabaría siendo mi única y muy modesta manera de saldar la deuda que contraje con él: escribir su necrológica, o, lo que es lo mismo, glosar

su vida y su obra tal como se me aparecen ahora encarnadas en su casa californiana y en esas separatas.

La vida de Juan Bautista Alejandro Guadalupe de Avalor-Arce y Arce, pues tal era su nombre completo, tuvo un cierto componente novelesco o al menos inusual anunciado ya en el mismo (lo que hace pensar en la importancia del nombre como emblema de la identidad en la narrativa caballerescas, tema sobre el que Avalor-Arce escribió), al menos si se la compara con las ordinarias vidas de los que nos dedicamos a la investigación y la docencia. Nació el 13 de Mayo de 1927 en el seno una familia procedente del valle de Arce, en Navarra, que contaba entre sus antepasados a Don Sancho de Arce y Loyola, primo de San Ignacio de Loyola (otro guiño a las actividades posteriores de Avalor-Arce, pues la relación entre San Ignacio y Don Quijote ha sido objeto de algunas disquisiciones), pero exiliada en Buenos Aires por su filiación carlista, que a Avalor-Arce le corría por las venas y que mereció la concesión del Marquesado de la Lealtad por Don Carlos María Isidro. Su primera educación la recibió, sin embargo, en Escocia, donde estuvo interno en St Andrews de los seis a los catorce años, para retornar a cursar el bachillerato al Colegio Nacional de Buenos Aires. Allí el profesor de gramática lo animó a ir a conocer al gran Amado Alonso, también de familia carlista navarra y a la sazón director del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires, donde empezó a trabajar en una mesa que don Amado le asignó tras la primera entrevista, junto a investigadores de la talla de María Rosa Lida, Ángel Rosenblat, Raimundo Lida o Pedro Henríquez Ureña. Cuando en 1947 Amado Alonso marchó a enseñar a Harvard, Avalor-Arce lo siguió y cursó allí sus estudios de *Bachelor* y *Master of Arts* (nuestra licenciatura) entre 1948 y 1952, para obtener el doctorado en 1955 con una tesis sobre la novela pastoril española, dirigida por Raimundo Lida a causa de la muerte de Alonso, al que Avalor-Arce se refirió siempre como «mi maestro». Aunque pudo intentar volver a España a iniciar aquí su carrera profesional, finalmente la desarrolló en Estados Unidos, en cuyas universidades impartió doctrina durante casi cincuenta años: Ohio State University (1955-60), Smith College (1961-69), University of North Carolina Chapel Hill (1969-1984) y University of California Santa Barbara (1984-2003). En esta última, además, impulsó los estudios vascos mediante la creación de una sociedad dedicada a ellos y de la cátedra Barandiaran, que él mismo ocupó. Tras su jubilación en 2003, y tras una vida que, como la de los caballeros y don Quijote, podríamos calificar de asendereada (sobre todo si tenemos en cuenta sus continuos viajes a actos académicos de todo tipo y algunas peripecias personales que no vienen al caso), deci-

dió volver a las raíces, a Navarra, comunidad que lo había propuesto como candidato al premio Príncipe de Asturias de las Letras en 1994 (dos años antes, la Universidad de Castilla-La Mancha lo había investido con el doctorado Honoris Causa). Allí se instaló en el pueblo de Eneriz, donde pasó sus últimos años, todavía activo escribiendo y dictando conferencias, hasta que el 25 de Diciembre de 2009 se le apagó la vida en el hospital universitario de Navarra.

La obra de Avalle-Arce se estima en unos cincuenta libros y más de trescientos artículos, algo difícil de comprobar, salvo en lo que al núcleo quijotesco se refiere, del que puede encontrarse un completo inventario en la bibliografía del *Quijote* compendiada por su buen amigo Jaime Fernández, autor también de una entrañable semblanza de Avalle-Arce publicada en el número 44 de *Mundaiz* (1992). Este núcleo ocupa el centro de tal obra, pues no cabe duda de que Avalle-Arce ha sido, junto con Edward Riley, al que se refería siempre como su amigo Ted, y algún otro nombre que vendrá a la mente del especialista que lea estas líneas (y que variará en función de sus inclinaciones personales), uno de los cervantistas más importantes de las últimas tres décadas del siglo XX. Así lo avalan tres datos que no dejan lugar a dudas sobre la posición dominante de un experto en cualquier campo literario: el haber editado todas las obras de Cervantes, con la excepción de las comedias y el *Viaje al Parnaso*, el ser el compilador con Riley de la colección de artículos que sigue siendo manual de referencia para Cervantes, la *Suma Cervantina* (1973), y el haberse encargado de coordinar la sección «Cervantes y el *Quijote*» (1980) para la que es posiblemente la historia de la literatura española más influyente de los últimos tiempos, la *Historia y crítica de la literatura española* de Francisco Rico (y el mismo año apareció de su mano «Características generales del Renacimiento» en otra conocida historia de la literatura, la coordinada por Díez Borque). Esta posición privilegiada la ganó Avalle-Arce gracias a su infatigable trabajo de escrutador de los entresijos cervantinos para producir una gran cantidad de artículos en los que aborda las más variadas cuestiones, que cuajaron en tres libros presentes en cualquier biblioteca especializada: *Nuevos deslindes cervantinos* (1975), ampliación de los primeros deslindes publicados en 1961, *El «Quijote» como forma de vida* (1976) y su monumental *Enciclopedia cervantina* (1997). Si esta última es culminación de una larga vida de cervantista y perfecta expresión del carácter ciertamente enciclopédico de su erudición, es en las anteriores donde se observa mejor su finura como lector, aderezada siempre por la sencillez y la elegancia de su prosa. Es difícil leer hoy el inicio del *Quijote* sin acordarse de su comparación del mismo con otros comienzos de novela, el episo-

dio de la cueva de Montesinos sin que venga a la cabeza su explicación de cómo revela aspectos del inconsciente de don Quijote o el de la penitencia de Sierra Morena sin la del acto gratuito, y qué decir de la elucidación del sentido de la locura quijotesca como el intento por hacer de la vida una obra de arte.

Pero si el *Quijote* y Cervantes fueron el centro, por su presencia constante a lo largo de toda la trayectoria profesional de Avalor-Arce, simbolizado en esa separata sobre la ínsula Barataria, esa actividad central tuvo tan poco de ínsula como la cervantina, pues se comunicaba con otros intereses (la separata sobre Garci Rodríguez de Montalvo), algunos directamente relacionados con Cervantes (el *Amadís*, la ficción pastoril), otros sólo por proximidad (diferentes autores y textos del Siglo de Oro), y abarcaba también temas y obras de otros siglos y hasta latitudes a los que lo llevó su curiosidad infinita (cronistas medievales y de Indias, Valera, Valle-Inclán, García Lorca, los autores ingleses y norteamericanos que emulan a Cervantes: la tercera separata). Entre estas obras que atestiguan una hercúlea vocación de totalidad pueden mencionarse las ediciones de Jorge de Montemayor, Lope de Vega, Gonzalo Fernández de Oviedo, Garci Rodríguez de Montalvo, el Inca Garcilaso, o Juan Valera, y por supuesto una larga serie de monografías: *La novela pastoril española* (1959, segunda edición revisada en 1974), *El cronista Pedro de Escavias. Una vida del siglo XV* (1972), *Temas medievales hispánicos* (1974), *Dintorno de una época dorada* (1977), *Lecturas (Del temprano renacimiento a Valle-Inclán)* (1987), *Amadís de Gaula: el primitivo y el de Montalvo* (1990), *La épica colonial* (2000). En el tramo final de su carrera, ya en España, aún dio a la imprenta un último libro, *Las novelas y sus narradores* (2006), que atestigua ese movimiento desde el *Quijote* hacia otros autores y ámbitos narrativos que la obra del alcalaíno tiene la virtud de iluminar, una constante en los grandes cervantistas de la que también han dado pruebas Riley o Canavaggio, y que estuvo siempre latente en muchos de sus artículos. No deja de ser curioso, al tiempo que sintomático de este compromiso permanente con su vocación, el hecho de que la revista *Cervantes*, publicada por la Cervantes Society of America, en cuyas actividades Avalor-Arce intervino activamente, publique una reseña de este su último libro en el volumen 30 del año 2010, que va encabezado por su necrológica.

El tema de este libro final, lo que Avalor-Arce llamaba narrador o narración *infidente*, había estado presente en sus artículos durante muchos años, testimonio de una idea que había ido creciendo poco a poco, esperando el tiempo necesario para cuajar en libro. De hecho, aquella tarde de Septiembre de 1990 me habló del narrador infidente, y tomé también dos separatas que luego descubrí venían a ser

el mismo artículo: «El bachiller Sansón Carrasco» y «El narrador infidente». También ahí hay una lección, y no sólo de reciclaje, sino sobre todo, a la luz de la tercera entrega en forma de libro, de tesón, perseverancia, esfuerzo. Esa tarde Avalle-Arce me dijo algunas cosas que nunca he olvidado, mientras sus ojos brillaban de una forma especial y sus manos se movían con la elegancia que las caracterizaba, a la que sin duda contribuía el magnífico anillo, sin derramar una sola gota de la copa de vino que sujetaba con una de ellas. Esos ojos de mirada tan penetrante y esas manos grandes que parecían no corresponderse con su figura menuda eran la encarnación en el hombre de las dos cualidades por las que sobresale su obra: inteligencia y trabajo. Avalle-Arce siempre se mantuvo deliberadamente al margen de escuelas y teorías críticas, para bien o para mal, pero esa actitud un tanto quijotesca se nutría de tales cualidades u otras directamente relacionadas con ellas: un sano escepticismo que, paradójicamente, lo hacía estar siempre dispuesto a escuchar las ideas ajenas —«adelante con el farol», contestó tras una larga explicación mía de lo que quería demostrar en la investigación que me había llevado a su casa— y un profundo y erudito conocimiento de la literatura, adquirido a base de leer y estudiar —«pero hay que dejarse las cejas en los libros», añadió acto seguido para matizar su afirmación previa—. Si a estas cualidades añadimos su voluntad de claridad, no es difícil ver en él la sencillez de la auténtica sabiduría, que representaba también en su persona y trato. Avalle-Arce pertenecía a esta estirpe de sabios sencillos y encarnaba una forma de concebir el humanismo que poco a poco va desapareciendo. Con su muerte, además, también se va cerrando una de las páginas más brillantes —intelectualmente hablando— del hispanismo, la del exilio. Cuando en 1995 vino a Salamanca para formar parte del tribunal de mi tesis doctoral, coincidió en éste con Claudio Guillén. En la comida posterior que marca la tradición, ambos se pusieron a contar anécdotas de los años en que coincidieron como estudiantes en Harvard, de sus profesores y compañeros. Los nombres que allí se invocaban con la familiaridad que otorga el trato asiduo nos parecían casi mitológicos a los que escuchábamos: Américo Castro, Salinas y Guillén, Blanco Aguinaga, y alguno más que no cito por temor a que me falle la memoria. Tanto Avalle-Arce como Claudio Guillén, por desgracia también fallecido, ya han pasado a formar parte de ese grupo privilegiado, de esa mitología. Siempre pensé que alguien debería escribir la memoria personal del exilio intelectual español en América, una memoria que se nos muere porque se nos han ido sus actores y testigos privilegiados. Es algo que no está en los libros que escribieron, sino en la historia personal o la vida que hay detrás de ellos, detrás de unas separatas amarillentas. Y en el re-

cuerto, que tiene la virtud de limpiar la vida de todo lo menos bueno y deja sólo lo mejor, eso que he intentado plasmar en estas reminiscencias de Juan Bautista Avalle-Arce.

PEDRO JAVIER PARDO
UNIVERSIDAD DE SALAMANCA